



Lord Byron

Parisina

Probablemente escrito entre 1812 y 1815, fue publicado el 13 de febrero de 1816. Se basa en una historia relatada por Edward Gibbon en sus *Obras misceláneas* sobre Niccolò III d'Este, uno de los duques de Ferrara en el siglo xv. Aquí se ofrecen tres traducciones, dos en verso y una en prosa, de finales del siglo xix.

PARISINA

Traducción de Enrique de Vedia y Gossens

Dedicado a su prima Delfina.

I

Oyóse del jardín en la espesura
Del pardo ruiseñor el dulce acento,
Votos de amor, suspiros de ternura
Murmura en su silbido el manso viento;
La débil brisa, el agua bulliciosa
Dan música al oído,
Brilla el rocío en la purpúrea rosa,
Rasga la estrella el manto oscurecido
De la bóveda azul, y grata sombra
Cubre el arroyo y la florida alfombra,
Sobre el sereno cielo
La noche esparce un velo,
Tiñe el ambiente aquella
Opaca claridad tranquila y bella,
Aquel albor dudoso y delicado
Que envuelve el monte, el valle y la laguna
Y cuando muere el día, el mundo halaga
Mientras al rayo de la casta Luna
La antorcha del crepúsculo se apaga.

II

Mas no de la cascada cristalina
Sale a gozar el eco Parisina;
Ni deja la hermosura
La estancia retirada y silenciosa,
Y entre las sombras de la noche oscura
Cruza la estrecha senda presurosa

Por ver la luna y contemplar las flores;
 Presta el oído atento...
 Pero no al ruiseñor; otra armonía
 Otro más dulce acento
 Otros ecos de amor más seductores
 Su corazón espera:
 Leve murmullo en la floresta umbría
 Le parece escuchar —tiembla, se altera;
 Inquieta y afanosa
 Del amargo terror el hielo siente;
 Una voz misteriosa
 Resuena entre las hojas agitadas
 Y torna a suspirar ansiosamente
 Clava en el bosque umbroso sus miradas...
 Van a verse... un instante!
 Pasó —ya está a sus pies su tierno amante.

III

¿Qué es para ellos el mundo? ¿qué el torrente
 Del tiempo volador? nada: la tierra,
 Los seres que se agitan numerosos
 En el aire, en el mar y el verde suelo,
 La bóveda del cielo,
 Nada son a sus ojos amorosos:
 Estáticos, absortos, nada miran
 Ni ven en derredor ambos respiran
 Ella solo por él, solo él por ella,
 Cual si la vasta redondez del mundo
 Desparecido hubiese,
 Y en silencio profundo
 Yaciera la natura sepultada:
 Tiernos suspiros de su voz quebrada
 Y ayes por el deleite interrumpidos
 Son la débil señal de su existencia

Que mueren entre besos repetidos,
Y la pasión transfórmase en demencia,
¿Se acuerdan de su riesgo o de su crimen
Cuando abrazados gimen?
¿Quién hay que cuando alcanza venturoso
Del amor la corona
Cobarde y temeroso
Al espectro del miedo se abandona?
¿A quién en tal momento
El recuerdo estremece
De que es breve el placer y desaparece
Cual nube sacudida por el viento?

IV

Con lánguido semblante
Dejan el solitario y mudo asilo
Testigo de su amor: aquel instante
Nada ofrece de amargo,
Pueden los dos del porvenir tranquilo
La imagen contemplar, y sin embargo
Sienten las puntas del dolor severa
Como si aquel adiós fuese el postrero.
Largo suspiro, abrazo prolongado,
Labio que de otro labio no quisiera
Separarse jamás, beso mezclado
Con encendida lágrima y miradas
Llenas de amor y de arrebató y vida
Vio aquella dolorosa despedida,
Mas luego Parisina miserable
Clava sus negros ojos en el suelo
Cual si temiera de su ardor culpable
No poder alcanzar perdón del cielo
Y su mismo delito le parece
Que el brillo de los astros oscurece

Largo suspiro, abrazo prolongado
Los ata al sitio amado:
Mas tienen que marchar: es, ay! forzoso
Abandonar del cenador umbroso
La callada mansión, y al separarse
Con torcedor afán, con honda pena
Sienten el corazón sobresaltarse,
Y en sus oídos suena
Aquel de la conciencia mundo grito
Perpetuo compañero del delito.

V

Y Hugo tornó a su solo y triste lecho
A codiciar en él la ajena esposa
Mientras ella con pasos vacilantes
Camina a reclinar el falso pecho
En los brazos amantes
De su vendido dueño
Que engañado en su amor duerme y reposa
Y un abrasado afán turba su sueño,
Y ve a su amante en la tiniebla oscura
Y en su ilusión murmura
Un nombre que su labio callaría
A la radiante luz del claro día:
Y estrecha entre sus brazos a su esposo
Por otro suspirando,
Y él despierta gozoso
Y la está embebecido contemplando
Y goza en su error ciego
Las caricias de fuego,
La ternura al adúltero guardada,
Y casi va a regar con tierno llanto
La frente de su esposa engañadora
Creyendo que le adora

Del sueño envuelta en el oscuro manto.

VI

Al seno estrecha la beldad dormida
Y escucha atento aquella voz querida
Oye... ¿por qué Azo tiembla y se estremece
Cual si del mundo en el postrero día
La trompeta del ángel escuchara?
¡Ah! bien puede temblar! La suerte avara
En aquel triste acento
Una copa de tósigo le ofrece
Manantial de dolor y de tormento:
Sí menos duro al infeliz le fuera,
Ver delante de sí la muerte fiera,
Y ser arrebatado
Y al trono del eterno presentado;
¡Ah! bien puede temblar! Aquel sonido
Para siempre la paz ha desterrado
De su pecho afligido;
Aquella voz que suena pavorosa
Y un nombre dice en sueños, le revela
Su ignominia y el crimen de su esposa.
¿Y qué nombre es aquel que así lo espanta
En el silencio de la noche umbría,
Cual ola bramadora
Que despedaza el mísero navío,
Y en los escollos ásperos quebranta
Al náufrago infeliz que el mar devora?
Aquél rosado labio
¿Qué nombre ha proferido? el nombre de Hugo
El de Hugo, sí, no hay duda;
¡Oh! pluguiera a los cielos se engañara
Mas la horrible verdad mira desnuda:
Es el de Hugo, el del hijo a quien amara

Como a su madre amó, del hijo triste
En mal hora nacido,
Fruto del extravío y la licencia
De su verdor florido
Cuando engañó de Blanca la inocencia,
De Blanca que burlada creyó en vano
Vivir con él y recibir su mano.

VII

Con torvos ojos y ceñuda frente
Echa mano al puñal resplandeciente,
Mas tórnale a soltar que mal pudiera
Aunque es indigna de vivir, matarla,
Y más cuando dormida
Ve en sus labios sonrisa lisonjera
Que le recuerda su ilusión perdida,
Ni quiero despertarla
Aunque sí la miró con faz tan fiera
Que si ella hubiese visto su semblante
Dentro del mismo corazón sintiera
El frío de la muerte penetrante.
La lámpara que alumbra débilmente
Aquel recinto oscuro y sosegado,
Hiere las gotas de sudor helado
Que corren de Azo por la turbia frente:
Ella no habló ya más: hondo silencio
Guardó, pero perturban su reposo
Imágenes extrañas e ignoradas,
En tanto que en la mente de su esposo
Las horas de su vida están contadas.

VIII

Y vino la mañana y azorado
Buscó y halló en la corte
La dolorosa prueba
De su infelicidad; ve declarado
El crimen de su pérfida consorte,
Y ve del deshonor la mancha horrible:
Las tímidas doncellas confidentes
Del escondido amor por largos días
Con labios balbucientes
Descubren el secreto que guardaran:
Del miedo entre las crudas agonías
Todo ¡ay Dios! lo declaran.
La vergüenza, el delito, la amargura
De la pena que aguarda a la culpada,
Cuanto en torno se dice
Pesa sobre la adúltera infelice.
Ya no hay más que indagar la turba débil
Revela sin demora
De la ignorada cita el sitio y hora
Y Azo siente en el alma atormentada
Furor, oprobio y desconsuelo unidos;
La copa del dolor está colmada
Para su corazón y sus oídos.

IX

Ni quiere en medio a su abrasado encono
Dilatar la venganza: el mismo día
En el salón magnífico de Estado
Ocupa el regio trono
De donde al virtuoso y al malvado
El premio y el castigo repartía.
Los nobles y los guardias le rodean,
Y ante él los dos culpables
Suspensos, humillados, miserables

La muerte aguardan y morir desean:
Jóvenes ambos son; ella ¡qué hermosa!
Mientras él despojado de su espada
Y una mano a otra atada
Mueve a piedad la Corte numerosa.
¡Gran Dios! ¡qué vista aquella! ¡ver a un hijo
Delante de su padre en tal estado!
Mas lo quiere el destino en su terrible
Decreto irresistible:
Y Hugo se ve forzado,
A estar do su señor en la presencia
Y contemplar su rostro demudado
Y escuchar de su muerte la sentencia;
Mas no se muestra débil ni abatido
Aunque en grave silencio está sumido.
Y pálida también y silenciosa
Espera el duro fallo Parisina.
¡Cuán diferente ¡ay Dios! de cuando hermosa
Cual perla peregrina
El palacio magnífico adornaba
Y cercada de próceres altivos
El fausto y opulencia disfrutaba!
Si entonces su semblante
Se hubiera visto en lágrimas bañado
¡Cuánto puñal y espada centellante,
Se hubiese desnudado
Para dar con presteza
Venganza al llanto, apoyo a la belleza!
Ora ¿qué es la infeliz? ¿qué mira en ellos?
¿Puede acaso mandarlos? ¿se atrevieran
A obedecer su voz? con faz severa
Con ojos inclinados
Y con frente sombría y ceño crudo
Do está el desprecio de piedad desnudo
La corte la contempla.
Ve allí damas y pajes y señores

Y al mortal escogido
Que gozó su ternura y sus amores.
Aquel joven guerrero tan temido
Cuyo robusto brazo la obedece,
Su idolatrado amante
Que perdiera la vida
O salvara sin duda a su querida
Si se mirase libre un solo instante;
El amor y delicia de la esposa
De su padre engañado.

X

Y el mezquino entretanto está a su lado
Ceñido de cadena ponderosa,
Los pies con graves hierros oprimidos
Sin mirar la beldad que tanto le ama,
Cuyos ojos están enrojecidos
Del llanto que derrama,
No por el crudo afán que la devora
Sino por el mortal a quien adora.
Sus párpados hermosos
Que la cerúlea vena ornara un día,
Convidando a los besos amistosos,
Cuando en la tez nevada
Su delicado azul sobresalía
Ora hinchados, dolientes, ardorosos
Son más horrible peso,
Que escudo de los ojos regalados
Donde en más feliz hora
Puso el amor su llama abrasadora,
Y que turbios están y oscurecidos
Con abundosas lágrimas henchidos.

XI

Y él sin duda por ella lloraría
Si no por los que atentos le miraban,
Mas calló su dolor si lo sentía,
Y cuantos le cercaban
Vieron su frente impávida y serena
Velar la angustia y ocultar la pena.
Pudo, es cierto, sufrir; mas nadie pudo
Ver la huella en su faz del afán crudo
Aunque sintió la amarga remembranza
Del tiempo ya pasado,
Su crimen y su amor —su actual estado,
De un padre y un esposo la venganza,
La acusación de la virtud severa
Y su presente suerte y venidera,
Y la de ella también; la de ella ¡oh Cielos!
Con tan amarga idea
Ni una vez la miró rápidamente
Que si en ella los ojos enclavara
Venciérale el dolor y con ferviente
Llanto su pecho mísero regara.

XII

Y Azo dijo con ceño
«Ayer afortunado
»Gozábame en un hijo y una esposa,
»Mas hoy la luz del alba ha disipado
»Con triste claridad tan dulce sueño.
»Y antes que el sol su antorcha luminosa
»Sepulte en el ocaso,
»Nadie habrá que mi cólera desarme;
»Sin hijo y sin esposa he de quedarme.

»Solitaria, infeliz será mi vida,
»Mas ¿puédolo evitar? ¡ah! no; cualquiera
»Injuriado cual yo, lo mismo hiciera,
»¡Lavar con sangre del honor la herida!
»Rotos están los lazos
»Que un tiempo nos unieron: no mis brazos
»Los han despedazado pero basta;
»Ya derramando saludable espanto
»De la justicia ha resonado el grito,
»Hugo, te espera el Cenobita santo
»Y luego el galardón de tu delito;
»Vete: dirige tu oración al cielo.
»Antes que acabe el día
»Vas a sufrir el golpe de la muerte.
»Busca en Dios tu perdón y tu consuelo
»Pues solo su piedad puede absolverte:
»Mas en la tierra no: no en ella esperes
»Lástima y compasión; blanco a mis iras
»Es vano pensamiento
»Que ni por un momento
»Respire el aire yo que tú respiras;
»Después de tu traición fea y horrible
»Que vivamos los dos es imposible.
»No te veré morir, no en mi castigo
»Llegaré a ser testigo
»Del último suplicio a que te lleva
»Ese amor miserable en que demente
»Tu corazón se ceba:
»Tú sí, frágil belleza
»Verás rodar su mísera cabeza!
»Vete, débil mujer! mujer traidora!
»Tú le matas, no yo; vete, y ahora
»Mira correr su sangre;
»Si a espectáculo tal endurecida
»Sobrevivir pudieras
»Gózate con la vida